

## Cicatrices de libertad (cuento)

*Betty Mariana Beltrán Rodríguez*

Tercer Premio

Memorias del Concurso «Por una Cultura libre de violencia»

Los ojos cansados de María Clara miran con profundidad sus manos arrugadas y pecosas, como si recorrieran las páginas de un viejo libro lleno de secretos. Con la yema de sus dedos zigzaguea la cicatriz que cruza la palma derecha.

—¿Qué piensas, tía? —, pregunta Alicia, la más pequeña de sus 15 sobrinos, con una mezcla de curiosidad y preocupación.

—¡Nada, hijita, nada! —, responde la octogenaria, oriunda de Patate (Tungurahua), aunque la tristeza se filtra como un tenue sol en sus palabras.

Alicia frunce el ceño: ¿por qué su pariente había cambiado de ánimo tan pronto? Hacía unos minutos, cuando aún no suspendían la luz, estaba riendo mientras miraba su novela en la «tele». Hasta que vuelva la luz —dice con un tono decidido—, siéntate junto a mi regazo, Alicia, te contaré por qué la marca de mi mano me pone contrariada ante la vida.

—Yo era una guambra feliz en Patate, rodeada de las risas de mis seis hermanos, corriendo entre los trigales, los huertos de frutas, y tomando leche caliente de las vacas recién ordeñadas —, comienza a relatar.

—Con el fallecimiento de mi padre, Luis Felipe, por una extraña dolencia estomacal, la vida se convirtió en un aluvión. Mamita Zoila decidió que nos mudáramos a Quito; fuimos a parar al barrio San Roque, centro de la ciudad. El dinero escaseaba y, como yo era la mayor de las hermanas, ayudaba a lavar ropa ajena.

—A las limitaciones de toda índole se sumó una preocupación más. Un día mi madre trajo un vestido blanco alquilado en la calle Rocafuerte y dijo lacónica: «el sábado te casas y no quiero ni un chis...». Juan Esteban era bajito, callado y siempre llegaba a casa a dejar su ropa para que mamita la lavara; era policía novato.

—Al poco tiempo desertó de las filas, porque un capitán le castigaba por todo, y me llevó a Pedregal Alto, un poblado perdido en las faldas del Cotopaxi (Machachi), donde nacen los toros de lidia. Él conocía bien esos lares desolados, repletos de ecos de lobos y almas errantes.

—En medio de ese aislamiento comenzaron los golpes: un ojo morado, luego los brazos, las piernas... Así que los gritos rompían la calma de nuestra pequeña casa y los tres vecinos de al lado cerraban sus puertas. La violencia hacia la mujer no se discutía por ese lugar, solo se repetía un mantra: el matrimonio es para siempre.

—Después de su jornada como carbonero, Juan Esteban llegaba directo al altillo donde guardaba pomas con licor y se preparaba un brebaje con frutas; cuando estaba ebrio, comenzaban las agresiones, sin importar que ya llevaba seis meses de embarazo de mi primera guagua.

—Mi alma y mi cuerpo estaban cansados y llegué al límite: tomé la decisión de marcharme. Cuando él trabajaba en las piras de leña, cubiertas con chamba, pensaba en mil estrategias para escapar.

—Un día, cuando llegué más malhumorado que de costumbre, con esa mezcla de cansancio y desdén, fue el augurio del fin. Respiré hondo y le dije: «Ya basta, no más maltratos, me voy de aquí...».

—La sorpresa en su rostro fue instantánea, pero la ira no tardó en seguir. Levantó la mano para golpearme y, en un arranque de furia, tomó el cuchillo e hirió mi mano. Solo ahí, al fin una vecina alertó al capataz de los carboneros para evitar un mal mayor.

—Esa noche fue la última que tuve noticias de Juan Esteban, porque mientras hacía las maletas para marcharme, salió de casa y se perdió entre la inmensa aguanieve que, al acercarse diciembre, cae persistente en Pedregal Alto.

—Después de aquel incidente migré a Quito, ciudad donde aprendí a coser vestidos y sueños; esta cicatriz que miras es un testimonio de resistencia y liberación.

—Y hasta aquí quedemos con mi historia de libertad, mi Alicia querida, porque volvió la luz y quiero continuar mirando mi novela.